

El fútbol en el barrio

Allá al fondo de Ampliación América, lindando con Villa Azalais, nuestra cuadra “la calle 6” fue convertida en cancha de fútbol a lo largo de nuestra niñez. Todos los días jugábamos a la pelota. Teníamos opciones de juego dependiendo de cuántos jugadores fuéramos: penales, gol entra, el veinticinco, al medio. La calle de tierra favorecía nuestra actividad.

Cuando el número de jugadores daba para un partido la cancha se extendía hasta abarcar la longitud de cinco o seis casas de proa a popa.

En una de las casas montaba guardia un fatídico personaje, agazapada, esperando el error, desde nuestra inocencia infantil la llamábamos: la vieja culiada.

— Si cae la pelota en mi casa no se las devuelvo, eh, ya les dije— salía a gritarnos su maldad.

Muchísimos esféricos perdimos producto de nuestra ineficacia, el destino de las pelotas confiscadas era tema de discusión permanente. ¿Las prendía fuego? ¿Las vendería? La mujer no tenía hijos ni se le conocía familia pero alguien juraba saber de unos sobrinos en el Marqués que eran los beneficiarios de nuestras malas jugadas.

Perder la pelota significaba el fin del partido, nos dispersábamos meditando la jugada y castigando al señalado como culpable de haberla tirado a la casa de nuestro personaje.

Esta costumbre de jugar en la calle no era exclusiva de nuestra cuadra. Muchos grupos de niños repetían el ritual. A veces se daban partidos calle contra calle, se jugaba ese día con otra seriedad. Se asumían roles y responsabilidades, eran unos partidazos. Estaban los de la calle siete, los de la ocho, la costanera, los del playón.

Hubo un partido memorable. Nosotros contra la costanera, de locales en nuestra cuadra. Ellos siempre tenían buen equipo. A los demás les ganábamos bastante seguido, pero con la costanera era muy parejo. Ese día estábamos dos a dos, intenso, raspado. Encara por izquierda Nico, gran jugador de ellos y sale a cruzarlo el Pupi, gran jugador nuestro. El Nico la adelanta un poco de más y le permite llegar justo a tapar a nuestro defensor. La pelota se elevó y en una curva extraña enfiló directa a la casa de nuestra enemiga. En el mismo instante se abre la puerta y sale la vieja sale; estaba espiando el partido, acechante. La pelota rebota en varios lugares de su porsche y le queda a los pies, servida. La vieja se relamía. Todos boquiabiertos, inmóviles. Todos menos el Nico. Saltó la verja y al caer, ya en propiedad privada, quedó frente a frente con la señora, la pelota al medio. Cuando ya se agachaba esta mujer a recoger el tesoro, Nico primero amagó salir corriendo hacia la izquierda pero quedó en el mismo lugar. La maniobra hizo que la vieja abriera un poquito las piernas y el Nico le tiró un caño pisado con la suela de la zurda. Entró limpita. ¡Ole! Gritamos todos a la vez. Lo vimos, ya en otro plano, rodear a la mujer, alzar la pelota y saltar la verja nuevamente, heroico e histórico. La vieja se metió casi corriendo a la casa y pegó un portazo. El partido siguió igual de áspero porque siempre nos habíamos respetado mucho.

